Monstruos en el valle

La piel de las pesadillas
PABLO CONCHA
Secretaría de Cultura, Alcaldía de Santiago de Cali, 2021, 54 pp.

LA RECIENTE proliferación de narraciones del género de horror en Latinoamérica ha cambiado la forma de utilizar el lenguaje y de describir los entornos. No me refiero a historias como las de Horacio Quiroga, que tomaba las pesadillas de Poe y las adaptaba al entorno rural de las pampas en el Cono Sur. Pienso en una escritura más contemporánea, como algunos relatos del mexicano Bernardo Esquinca, o los cuentos del colombiano Hank T. Cohen recogidos en el volumen *El pornógrafo*. En estos últimos la tendencia es a desarrollar las narraciones en una especie de no-lugar, con un tenue aire de familia de los paisajes y las arquitecturas vistos y leídos en películas y libros estadounidenses. Asimismo, el español preferido parecería intentar abolir las marcas locales, los coloquialismos. Se puede decir que *La piel de las pesadillas*, del caleño Pablo Concha, sigue esta tendencia. Se trata de un breve libro con cinco cuentos cuyo hilo conductor es el horror puro (aunque el primero y el último comparten elementos de tiempo y lugar).

El primer relato le pone título a la colección, "La piel de las pesadillas". Me parece, con un buen margen, el menos efectivo. Una mujer es interrogada en una estación de policía; ha hecho algo terrible, de modo que habla con lo que se debería pensar es un psicólogo forense, que sin embargo le pregunta por sus sueños. La historia se cuenta como una analepsis, pues el lugar de la narración es el despacho del doctor, quien se martiriza volviendo a escuchar la grabación de la *sesión*, porque en realidad la conversación parece más una sesión de psicoanálisis que un interrogatorio policial. Aparte de esta inverosimilitud sin mucha importancia, lo que realmente le impide al cuento generar un impacto es lo estereotipado que resulta: imágenes que parecen salidas de un video de black metal de bajo presupuesto (velas negras, capuchas), rituales oscurantistas, una luz maligna que no se sabe de dónde viene...

"El primogénito" marca un cambio radical. Sin que el argumento resulte más novedoso que el anterior (pues esto nunca es importante para una buena historia), presenta los elementos familiares de forma notablemente más lograda. Una mujer de 72 años queda embarazada. Los médicos están atónitos. La concepción, desde luego, tiene algo de sobrenatural. La mujer, por otro lado, acepta su condición con cierta fatalidad, como si no pudiese ser de otra forma. El tema de la mujer embarazada y abandonada a su suerte me recuerda al cuento "Patrón", del gran Abelardo Castillo, lo cual es un alto halago. "El primogénito" también constituye una buena muestra de lo que señalé al inicio respecto al lenguaje. Los diálogos incluyen acotaciones como "ya sabes", que hacen pensar en una traducción desde el inglés. Los ambientes también presentan cierta ambigüedad: la mujer, al llegar a su casa, que parece estar localizada en un ambiente rural, observa el palo de mango que tiene en su patio, lo que le da un tinte local, tropical a la escena. Sin embargo, ella luego sale de su casa para sentarse en el muy norteamericano "porche". No es claro si este sincretismo es intencional por parte del autor. En todo caso, la narración de "El primogénito" se desarrolla y resuelve de forma muy entretenida y satisfactoria. E, importante, el lector alcanza a sentir en carne propia el aprieto de esta mujer, de edad avanzada, abandonada a su suerte.

El *crescendo* llega a su apogeo con "Reflejo defectuoso", el mejor relato de la colección. Una pareja sale de viaje. El hombre está hastiado de su rutina y hasta de su matrimonio, pero esto último lo oculta. Llegan a casa de un amigo a pasar la noche; este resulta ser coleccionista de objetos esotéricos que en su mayoría son baratijas sin ningún efecto, pero esta noche les presenta a sus invitados un espejo embrujado que... Lo que sigue no es impredecible, pero sí manejado con una pericia narrativa que mantiene el interés y el suspenso de forma notable. Los personajes, con apenas unos trazos, resultan convincentes, el ritmo se mantiene tenso a través de elipsis bien administradas, con una economía de la síntesis e imágenes muy cinematográficas.

"Ciclos de oscuridad en horas de vigilia" es el relato más experimental. Está construido a partir de fragmentos con títulos propios entre los cuales el lector tendrá que encontrar el hilo conductor por su cuenta. En el primero, un narrador confiesa su infatuación con una tallerista de literatura cuyos relatos de sexo y violencia explícitos lo estimulan de forma gonadal. Al sentirse demasiado intimidado como para acercársele y hablarle, un día decide seguirla hasta su casa después del taller. Desde una prudente distancia, la observa entrar en una mansión lúgubre. Acá la narrativa empieza a fragmentarse de forma radical. Ya no sabemos si quien habla es el seguidor de la tallerista, si es ella misma, o quién. La apuesta funciona porque las escenas individuales tienen suficiente potencia como para generar una verdadera intriga sobre sus interrelaciones, y no frustración por la falta de patencia. Hay una escena particularmente escabrosa y eficaz que consiste en poco más que un top 10 de atrocidades.

"La otra luz", como se anticipó, retoma el tiempo y lugar de "La piel de las pesadillas", pero desde la perspectiva de otros personajes, una pareja de oficiales de policía que llega a investigar la escena. El efecto de este relato es de doble faz. Por un lado, se siente un poco más endeble que los tres cuentos precedentes, al volver de nuevo a lugares comunes del género de forma poco imaginativa, lo que le resta interés. Por el otro lado, resulta más efectivo que "La piel de las pesadillas" y, como lo complementa al otorgarle una dimensión adicional a aquella luz maligna y misteriosa, reivindica un poco ese primer relato. No obstante, los dos cuentos en los extremos hacen del libro una especie de sándwich con el relleno fresco y sustancioso, pero con el pan un tanto duro y desabrido.

Es evidente que Pablo Concha es un lector juicioso del género, pero acaso no resulte muy atrevido desear que amplíe sus temas. El libro está tapizado de epígrafes de otros autores, el único de ellos que no trabaja el género de horror es James Salter. Por supuesto, sería ingenuo pensar que la elección de epígrafes que hace un autor refleja la totalidad de sus lecturas, cuando lo que este recurso busca es generar un ambiente para los propios escritos y de paso rendir un tributo. No obstante, al quedar comprobado que Concha

puede canalizar con éxito varias de sus influencias, queda la expectativa de recibir su aporte único e inalienable al género de horror.

Eloy Caicedo